CAPITULO IV.

CONCLUSION.

Bossuet en el *Discurso sobre la historia universal* ha concebido en parte el plan providencial de la educacion de la humanidad; pero no se ha contraido mas que á un solo pueblo y aun solo á la venida del Mesías, y no ha proseguido esta filosofía de la historia por todos los desarrollos sucesivos del Verbo Divino entre nosotros. Hemos buscado y buscaremos en otras obras este hueco para llenarlo. La revelacion de Dios, por una eterna condescendencia, como lo dice el gran Ballanche, se apropia al estado de los Espíritus y se manifiesta segun las edades en cada uno de los periodos de la historia; periodo embrionario, infancia, pubertad, madurez.

Dios mostrando de léjos á los hombres al Mesías libertador, y para preparar su venida, dirigiendo los acontecimientos, las decadencias, las caidas y el apoyo de los imperios, la razon filosófica de los sabios, ó la razon inesperada de los profetas, hé aquí lo que llena, lo que resume la historia de la raza humana, durante los primeros siglos de su existencia.

Dios enviando en el tiempo señalado al Mesías prometido, constituyéndolo jefe de la gran familia de sus hijos, hé aqui los acontecimientos prodigiosos que han abierto la infancia de la humanidad.

Dios dejando desarrollar la doctrina engendrada en el sentido que ha sido enseñada por algunos, y preparando, sea por enviados, sea por encarnados, las enseñanzas púberes *del Espíritu*, hé aquí la historia de la humanidad tal como se ha desarrollado hasta nuestros dias, y que continuará haciéndolo hasta la madurez perfecta y hasta la consumacion final, teniendo siempre á la vista los progresos futuros de una edad superior, y la transfiguracion gloriosa de los habitantes de la Tierra, fin último de nuestro humilde planeta.

Hemos visto que, miéntras la gentilidad enseñaba el politeismo y una metempsícosis grosera, los Misterios enseñaban á los hombres mas espirituales la unidad de Dios, la pluralidad de mundos y la pluralidad de vidas.

Miéntras que Moisés amenazaba á los malos con castigos terribles y temporales á nombre de Jehovah irritado y celoso; que el Cristo, haciendo violencia al espíritu de su moral de amor y de perdon, hablaba aún del *fuego* eterno del infierno, una doctrina secreta se

extendia oralmente entre los judíos capaces de comprenderla, era recogida por muchos cristianos principalmente por el gran Orígenes. ¿Qué anunciaba este? La pluralidad de mundos y la pluralidad de las existencias, verdades púberes que *el Espíritu* desde entónces hasta su advenimiento colectivo y general, debia enseñar á los hombres.

Durante la Edad Media, es decir, durante el desarrollo de la doctrina del Cristo, la idea dormita y se eclipsa momentáneamente, pero no está ahogada, germina siempre en silencio, y no nos será fácil nombrar á aquellos de los elegidos que la han trasmitido de siglo en siglo. [1] En fin, en la edad moderna, la doctrina de la *pluralidad de los mundos* es vulgarizada.

Poco á poco la de *la pluralidad de existencias* se desprende mas y mas clara, precisa y luminosa; brilla en nuestra época como un resplandeciente sol. Los tiempos han venido. Hé aquí lo que nos dice la historia.

Ahora, ¿qué nos dice la filosofía? porque si no hemos hecho abstraccion de la revelacion como punto de vista y como encadenamiento, no nos hemos dirigido en nuestras citas mas que al hombre y á la sola razon. Hé aquí las proposiciones que están ahora demostradas:

1.° El infierno absoluto y eterno es un error, puesto que es contrario á la vez á la naturaleza de Dios y á la del hombre.

1 Léase sobre todo, en la parte histórica, el cap. III del lib. 1.°, el cap. II del lib. 2.° y los prolegómenos del lib. III.

Es una blasfemia, supuesto que tiende á destronar á Dios y á colocar en su lugar la personificacion del mal llamado *Ahrimann ó Satan.*

Con esta nocion temeraria, es necesario renunciar á todos los principios. Todo está trastornado.

Hemos dado la prueba de esto de una manera irrefragable.

2.° Sin la creencia en las vidas anteriores y en la preexistencia nada se explica, ni la venida de una alma nueva á este mal mundo de la Tierra, ni las enfermedades algunas veces irremediables del cuerpo, ni los males que lo afijen, ni la distribucion proporcionada de las riquezas, ni la desigualdad de las inteligencias y de la moralidad. La justicia de Dios desaparece en el mostruoso fantasma de la casualidad. No se comprende ni lo que es hombre, ni de dónde viene, ni adónde va; el pecado original no explica la suerte particular de los individuos, siendo el mismo para todos. Deja subsistir, groseramente entendido, todas las dificultades, añadiendo á éstas una iniquidad irritante. [1] Admitid, al contrario, la preexistencia, y el pecado original brilla con todo su esplendor; este pecado viene á ser el resultado de faltas personales, de que el alma culpable debe purificarse.

3.° La preexistencia, admitida en el pasado, entraña lógicamente la pluralidad de existencias para el porve-

1 Véase particularmente sobre este punto en el cap. IX del lib. III, la disertacion de Ch. d'Orient, sobre la opinion de San Agustin concerniente á los niños muertos sin bautismo. Véase tambien lo que decimos en el lib. IV, cap. 1.°

nir, para todas las almas que no han llegado al término y tienen aun manchas que lavar, imperfecciones que borrar, para entrar en el *círculo de la felicidad* y dejar el *círculo de los viajes*, es necesario estar puro.

Hemos combatido el error, afirmado la verdad, y persistimos en creer que nuestros dogmas de la preexistencia y de la pluralidad de las vidas son verdaderos.

Estos dogmas están además en perfecta armonía con el estado presente de los conocimientos humanos, y con las necesidades reales de las sociedades modernas; creemos que lo que es necesario á la humanidad de hoy como á la de ayer y la de mañana, es una fé viva en Dios, y una certidumbre inalterable de sus destinos. En el sistema que adoptamos, se está tranquilo y resignado, la providencia está sustituida al destino, la humanidad marcha con pasos seguros, confiando en su celeste guia. El hombre acepta los bienes y los males como una dispensacion de la voluntad divina. Sabe que su oracion es oida, que sus esfuerzos no son perdidos, que una mision tan pequeña como pueda ser, le ha sido confiada en la tierra, que sus trabajos deben concurrir al conjunto, que todas sus acciones le son contadas por un juez severamente equitativo; escapa en fin á la inexorable estrechez de la fatalidad antigua. La Providencia respeta esencialmente la libertad humana.

Los hombres son conducidos á creer mas bien en un Dios tal como nos lo representamos, que en uno cruel y bárbaro, que condena sin necesidad á mas de la mitad del género humano. Nuestros descendientes tendrán trabajo para imaginarse que opiniones tan inadmisibles

para todos, han podido existir tan largo tiempo sobre la divinidad: si nuestros libros no lo testificaran, no lo podrian creer, tan alejado así se encuentra el dogma del infierno eterno del espíritu moderno y del movimiento dado por Dios á la revelacion actual, por que Dios se revela al hombre en todos los tiempos y en todos los lugares por su facultad mediadora, es decir por sus ángeles y sus misioneros.

Del mismo mndo, si el dogma de la preexistencia fuera admitido ¿quién no ve que ofreceria á la sociedad una defensa formidable contra las utopias de nuestros dias? Este dogma contiene en efecto la explicacion del mal en lo general y en lo particular. Hemos entrado antes en demasiado largos desarrollos para volver al asunto. Y por otra parte, este dogma no presentará obstáculos al mejoramiento progresivo; por que si creemos en la intervencion de Dios, en la distribucion de las almas, ¿no debemos ayudar á la accion de la Providencia? La Providencia se combina con la libertad del hombre, y sin el concurso de esta, ella nada puede. Tenemos necesidad de corresponder á la gracia, de aceptar voluntariamente la revelacion; del mismo modo que en lo que toca á la constitucion de las sociedades, debe concurrir la parte de Dios y la del hombre:

El problema es pues, basar la sociedad sobre la justicia, colocar á cada uno en su rango, no dejar nada al arbitrío de la casualidad, reconocer la igualdad de naturaleza de todos los hombres, y permitir á cada uno su creencia de la manera mas favorable. Por que si todo individuo que viene á este mundo es igualmente

protejido, si ha podido manifestar libremente lo que es, si obtiene el lugar á que sus disposiciones lo dirigen, es claro que ninguno tendrá derecho de quejarse, que todos marcharán de concierto al mismo fin del perfeccionamiento, y que la caridad combinándose con la justicia, la humanidad marchará con paso firme á sus destinos. La justicia por otra parte, quiere ser fundada en la solidaridad y el amor; nuestra época tiene sed de creencias, no nuevas sino que por nuevos desarrollos se encuentra en plena relacion con el progreso moderno, y en las cuales pueda empapar su fé.

Terminemos nuestra obra por la cita de la conclusion final del tratado de *Dios, el hombre, la humanidad y sus progresos*, que tiene un fin dogmáticamente idéntico.

"Encontrando en mi espíritu la idea del mundo y de Dios, he buscado sus relaciones, me he propuesto el problema del orígen y del destino."

"En vano habia hojeado en todos los libros de los sábios, en vano habia interrogado todas las cosmogonías, una oscuridad mas y mas profunda se extendia en mi derredor.

"Unos me pintaban á Dios viendo al mundo con indiferencia, retirado en la soledad de su eternidad sin ninguna inquietud por la obra de sus manos.

"Otros habian hecho de Dios una fuerza mecánica y fatal, manifestándose necesariamente en el universo, conteniendo en su eterna emanacion el bien y el mal, venidas á ser entonces quimeras, puras ilusiones de nuestro espíritu.

"Aquellos me representaban á Dios produciendo dos partes distintas de criaturas, la una para el absoluto de la beatitud, la otra para el absoluto de los suplicios, demasiado poco inteligente en su obra por haber acordado al mal un tiempo definitivo, no habiendo puesto la separacion al lado de la falta.

"Yo he dicho á unos y otros: vuestro Dios no es mi Dios.

"Mi Dios, es el que ha mandado á su hijo á encarnarse á la humanidad para realizar el ideal á nuestros ojos, aquel á quién el Cristo en la oracion suprema, pide que la sociedad sea coronada en la unidad, aquel que domina á los individuos por su gracia y á las naciones por su providencia, aquel que nos ha llamado á todos á la felicidad por el mérito y la virtud, el que ha querido el triunfo final del bien y la armonía universal de la creacion.

"Dios inefable, vos habeis bajado vuestras miradas misericordiosas hasta mi nada, me habeis inspirado consoladores y buenos pensamientos, á fin de que conociéndoos aspire á amaros, y de que haciéndoos conocer á los demás, ellos puedan amaros como yo os amo. ¡Ah! no dejeis vuestra obra imperfecta y sin acabar; haced que yo comunique á mis hermanos, ¡oh Dios mio! la ardiente caridad por la cual mi corazon abrasa al mundo, á fin de que todo lo que piensa y vive en la Tierra y en el Cielo se una á vos en accion, en inteligencia y en amor; á fin de que la criatura sin alcanzar vuestro sér incomunicable, sin ser absorvida en él, sea sin embargo una en vos, á fin de que el espíritu en su

libertad ejecuta tambien vuestras leyes como la insensible materia; que no haya en el universo un solo deseo, un solo pensamiento, un solo sentimiento que no termine en la armonía, á fin de que vuestra santa voluntad se cumpla en todas las partes de los cielos!

Y vos ¡Oh Cristo! ¡Oh Salvador! ¡Oh Mediador! ¡haced que la sociedad humana sea muy pronto digna de participar de la unidad!"

Tales eran los votos razonados por los que terminábamos nuestra precedente obra; y tales son los que formulamos de nuevo al concluir esta, un dia; no lo dudamos, todos los hombres de progreso, los unos conducidos por la razon ó la ciencia y los otros por la creencia ó la fé, se encontrarán en este terreno para proclamar la pluralidad de las existencias y reconocer unidos la religion del porvenir. La época presente nos parece, mas que nunca propicia para la realizacion de estos votos, y nuestras esperanzas están autorizadas por el movimiento significativo que se opera en nuestro derredor en los pensamientos humanos. Nuevos horizontes acaban de abrirse; el verdadero cielo se desarrolla ante nuestras miradas en su grandeza y majestad: nuestras almas lo contemplan y saludan con amor, la eterna patria.

FIN.